

La aljama

"Por privilegio real, incluso por fuero en muchas ocasiones, la judería se regía, dentro de su recinto, por leyes propias que apenas tenían que ver con las que ordenaban la vida exterior. (...)

Estas prerrogativas motivaban a menudo diferencias radicales entre las diversas aljamas peninsulares, pues si en unas se daba —y era caso corriente— un agudo y exacto sentido de la solidaridad, hasta el punto de organizar cajas o bolsas del fondo comunitario para atender de forma global a los tributos y liberar de ellos a los indigentes, como sucedía en Montblanch, en otras (...) las familias más pudientes, detentadoras fácticas del mando y de la influencia sobre las demás, disponían a su aire del reparto tributario que, como casualmente, siempre les libraba a ellos de las cargas más pesadas y siempre dañaba en mayor o hasta en total medida a los económicamente más débiles. En Tudela, ocho grandes familias se repartieron el poder en la judería durante siglos. (...)

Frente a estas oligarquías familiares, poseedoras casi absolutas del poder económico y hasta del más alto nivel cultural, buena parte de los moradores de la judería eran analfabetos, pobres y faltos de los más necesarios recursos. En el mejor de los casos, poseían o declaraban poseer (...) la casa, una pequeña parcela de tierra, la cama y su correspondiente juego de ropa. Aunque se vino ignorando sistemáticamente, es muy cierto, por lo que se refiere a las parcelas cultivadas, que los judíos españoles no fueron enemigos del trabajo agrícola. (...) Todo lo cual no impide que fuera mayormente cierta otra circunstancia: la de que, precisamente por su temor al éxodo inesperado, la mayor parte de los hebreos prefirieran dedicarse a actividades que no supusieran una dependencia excesiva del bienes inmuebles imposibles de llevar consigo en caso de una de tantas expulsiones a las que estaban ya casi genéticamente habituados.

Tal vez por eso, muchos judíos peninsulares se dedicaron a la artesanía menuda, manejable, delicada. Gozaron fama de expertos orfebres. En Orense fabricaron cálices y cruces para los templos cristianos y en Santiago de Compostela detentaron casi el monopolio de la fabricación de recuerdos y amuletos de azabache, tan solicitados por los peregrinos de la Ruta Jacobea. (...) En Barcelona y Marsella destacaron expertos trabajadores del coral; en Perpiñán, los iluminadores de libros sagrados; en Mallorca, los cartógrafos. Y, como tónica general, hubo judíos expertos encuadernadores de libros, sederos cuidadosos y notables sastres que tuvieron como clientes habituales a nobles, obispos y canónigos; e incluso contaron con grandes pintores de retablos (...).

Como contraste con estos privilegios artesanos, pero siempre dentro del diminuto comercio familiar, fácilmente liquidable o transportable, abundaron los más humildes mercachifles: chatarreros, ropavejeros, traperos de las grandes y pequeñas ciudades, los que intentaban vender su humilde género en el recinto mismo de la judería, pero eran, de hecho, obligados a instalar sus tenderetes en el barrio cristiano, por estar así mejor controlados por los inspectores de la municipalidad. Hasta tal punto debieron ser corrientes entre los israelíes estas actividades humildes que, aún a principios del siglo XV, Salomé Alami cuenta que todo oficio vil era llamado en Castilla trabajo judío. (...)"

Juan G. Atienza. **Caminos de Sefarad. Guía judía de España.**

Robin Book, Barcelona, 1994. Pág. 63-64.